



# EL HUMANISMO SOLIDARIO

HACIA UN NEORROMANTICISMO CÍVICO  
EN EL NUEVO MILENIO

## HOJA DE RUTA

## 1.- ¿Qué entendemos por *Humanismo Solidario*?

El *Humanismo Solidario*, corriente de pensamiento literaria y artística, concreta sus propuestas tomando como base las raíces histórico-ideológicas de las que se nutre y bebe, fundamentadas en estos pilares:

- a) El eje vertebral del pensamiento del *Humanismo Solidario* es la necesidad de reivindicar **la unidad profunda de la humanidad**, en contra de la fragmentación (individualismo, autonomía, nacionalismo, aislamiento) y del dogmatismo (totalitarismo, intolerancia, fanatismo) imperante en la actualidad.
- b) Por encima de cualquier ideología destaca una idea medular y definitiva: **la idea de fraternidad**.
- c) Es una **reivindicación del compromiso**, al haberse producido una desalentadora huida de buena parte de los intelectuales hacia el deber del compromiso; compromiso con la palabra y con la vida, que debe incluir siempre a los otros, que no significa instrumentalización ni militancia, sino *vinculación y resistencia*.
- d) La idea propugnada por Lévinas en su obra *Totalidad e infinito*, donde afirma que el sentido último está en el cara-a-cara, en las relaciones humanas, en **la ética**. De ahí que afirme que «la filosofía primera es una ética». Se trata de buscar la trascendencia o la exterioridad que se plasma o es, en el fondo, *un acto de responsabilidad por el otro*.

Ante el tiempo de crisis que vivimos, el poeta siente la necesidad de blandir una respuesta responsable que no deponga el problema de la percepción del mundo como un asunto extraño al hecho poético. Y, por esta razón, como afirmaba Solzhenitsyn en *Discours de Stockholm*, el único sustituto de la experiencia que nos ha sido dado vivir es la creación, el arte: “El arte transmite de un hombre a otro, durante su breve estancia en la Tierra, todo el peso de una experiencia muy prolongada e inhabitual, con sus pesares, sus colores, la savia de su vida: la recrea en nuestra carne y nos permite tomar posesión de ella como si fuera nuestra”.

La labor del escritor consiste en una búsqueda permanente, una investigación constante que se fundamenta sobre dos planos básicos: el del *conocimiento de la realidad y el modo de interpretarla o transformarla*. Este planteamiento suscita y desarrolla un conflicto entre la sensibilidad y la expresión, y nos obliga a penetrar en nuestra naturaleza para extraer de ella lo que mancomuna a los hombres.

La literatura y el arte son las formas que, con más intensidad, recogen el intento de explicar lo que significa el misterio de la existencia y en qué consiste ser hombres. El *Humanismo Solidario* debe entenderse siempre en conjunción, como un todo indisoluble donde el adjetivo *solidario* no es un mero epíteto sino el matiz definidor. Así, el antropocentrismo no pierde nunca su dimensión social de ser plural con los otros. Es el modo de afrontar la homogeneización –la tan recurrida y recurrente globalización– en todos los campos y de recuperar la utopía con aires renovadores.

El *Humanismo Solidario* nace como un testimonio de resistencia alternativo ante la convicción de que las corrientes oficiales se abocan al agotamiento. Se ha cimentado la tolerancia salvaje y sin juicio; el lenguaje literario en ocasiones se ha vuelto informativo, se ha dado la espalda a la tradición clásica española y se ha revestido de un gran simulacro progresista. En el ámbito de la creación literaria, el escritor debe transformarse con modelos literarios, ligados a conceptos ideológicos, que armonicen solidariamente la vida y la obra del hombre.

La disposición del arte como anticipación y dimensión comprometida debe revertir en la realidad y rescatar la escritura de su silencio sórdido para sacudir el envaramiento de un sistema social impasible, incapaz de superar la ineficacia de los valores vigentes. Si el arte posee esa capacidad anticipadora de la realidad que presuponemos y necesitamos, la palabra poética cobra un carácter performativo por el que materializa en el lenguaje la utopía que nombra. Hay una performatividad que da sentido y otra que legitima las condiciones objetivas del mundo. Teniendo en cuenta este potencial proactivo, el lenguaje adquiere, en términos de Austin, la posibilidad de pasar de la potencia al acto y crear la sintomatología de una acción.

Así, el *Humanismo Solidario*, sedimentado en las raíces de un nuevo romanticismo cívico, amplía su perspectiva para alcanzar lo que llamamos la literatura de la condición humana, que profundiza en las causas de la crisis del hombre contemporáneo, rechaza los artificios manipuladores y promueve soluciones fácticas en las que no cabe ninguna clase de perversión contra el ser

humano. La intensiva degradación del sistema político y económico nos obliga a soportar una situación coercitiva de alarmantes horizontes. Nuestros representantes institucionales se cubren las espaldas, dejando las nuestras desnudas; y tanta insidia exige una respuesta. Se impone un replanteamiento esperanzado y firme del hecho literario, de la obra artística, conformando las bases y resortes de una nueva educación de la subjetividad; educación sentimental que propicie el renacimiento de una voz teórica y legítima, capaz de redimir, entre las ruinas de la modernidad, las señales inconfundibles de los valores eternos del hombre, asumiendo plenamente la Declaración Universal de los Derechos Humanos en donde, en su artículo primero, se establece que “todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros.”

El escritor tiene que dejar de ser un lujo para convertirse en una necesidad de primer orden en la línea del compromiso ideológico y social de la que ya viene hablando Juan Carlos Rodríguez desde *Teoría e historia de la producción ideológica* (1974), *Dichos y escritos* (1999), o *La muerte del aura* (2012), donde sitúa al creador literario como miembro implicado y revelador de las circunstancias histórico sociales que producen su obra. Su compromiso debe olvidar viejas razones y asumir, con profunda convicción humanista, las exigencias de un tiempo deshumanizado, postulando sin ambages un nuevo discurso rehumanizador y fraterno; proponiendo, a través del arte y la literatura, un mensaje que mude en pasión la desesperación; en serenidad, el desaliento; en esperanza, el futuro. A través del arte y la literatura debemos asumir esa toma de conciencia que recolocque al ser humano en el centro de la vida social y lo erija en afán de su creación y pensamiento.

En esta coyuntura de crisis de valores e involución hacia el individualismo, la poesía, la literatura y el arte tienen un compromiso que asumir, ajeno a postulados metafísicos o soluciones intelectualistas, con actitudes concretas ante la realidad, planteando, aquí y ahora, respuestas y soluciones que estimulen al ser humano. No existe un yo atemporal al margen de la realidad inmediata. Somos sujetos ligados a un momento histórico que debemos afrontar. El escritor no puede vivir de espaldas a ese público lector que debe convertirse en el primer destinatario de ese mensaje performativo que transmitimos a través de la palabra. Si la poesía quiere cumplir una función socialmente viable, necesita romper con la limitación espacial que supone la expansión minoritaria.

Coincidimos plenamente con Antonio Machado cuando manifiesta la necesidad de convertir la poesía en un “tesoro de conciencia vigilante”, una conciencia que debe agitarse como “luz que avanza en las tinieblas”. En un mundo ordenancista, construido sobre postulados extraños a toda razón altruista, el artista debe rebelarse. Se impone el escepticismo del escritor, su ironía, su sarcasmo de hombre atento que aprende cada día de la observación de la realidad y sus símbolos. Rehuimos de un escritor, de un creador crucificado en su propia vanidad, ajeno a lo que es el mundo o creyéndose su ombligo, onanista lírico y autófago.

Si el avatar de la historia ha cambiado el pensamiento de los hombres, la poesía, la literatura y el arte han de encarnar valores útiles, reflejos claros de conciencia histórica que nutran de contenido las nuevas necesidades individuales y sociales. Literatura y arte cercanos a los problemas del yo y sus circunstancias: la sociedad y el ser humano. Y en este empeño, el lenguaje poético ha de ser diferente. La presencia del yo será clara y explícita, performativa y auténtica, plena de marcas textuales que intentan traducir la experiencia personal de un mundo en el que habita el resto de los hombres.

Pero no podemos perder de vista la verdadera esencia de la literatura. El lenguaje ha de mantener sujeto el estribo de la tradición creadora en el que siempre se asentó para dejarlo volar a nuestro impulso. La mimesis de la realidad, sea cual fuere su concepción estética, debe perseguir siempre transmitir experiencias ligadas a la historia, conscientes del compromiso ético que convierte el arte en idea, la palabra en acción, la creación en vida. De la nada, nada puede crearse. Cada conquista es fruto de conquistas anteriores. Es posible acertar con nuevos moldes de expresión artística, pero difícilmente obtendrá la validez estética si no se entiba sobre lo creado.

Buscamos la literatura más humana, la que hunde sus raíces en la verdad del hombre, la que apuesta por un lenguaje performativo que exige conocimiento, pasión, libertad y sentido. Literatura de creación tallada sobre razones estéticas, aunque nunca enfrentadas a la sensibilidad. Literatura que hunde sus raíces en autores como Espronceda, baluarte del pensamiento que enarbola el romanticismo cívico.

A caballo entre dos épocas, Espronceda (en quien vio Valle-Inclán a uno de los grandes escritores de la historia de la literatura) busca los valores cívicos y solidarios en su vida de acción permanente; y en su obra (ahí están sus poemas dedicados a los grandes desastres de la historia) se promueve una estética y una forma de ver el mundo que ejemplifican a la perfección lo que

defendemos. Espronceda puede ser el primero de una firme cadena que se conecta directamente con escritores contemporáneos: Antonio Machado (fiel a los principios de la humanidad y la solidaridad hasta el último momento), César Vallejo (cuya obra *España aparta de mí este cáliz* es una de las creaciones más significativas en esta línea de pensamiento), Miguel Hernández (escritor que encarna el ideal de intelectual comprometido que después desarrollará Sartre) y muchos más como Pablo Neruda, Blas de Otero, José Hierro, Claudio Rodríguez, José Luis Sampedro, Mario Benedetti, Agustín García Calvo o Juan Goytisolo, cuyas obras son el testimonio más lúcido de las ideas que conforman el *Humanismo Solidario* que pretendemos recobrar.

## 2.- La propuesta crítica

Las ideas no nacen *ex nihilo*. Siempre existe un origen. Después pueden concretarse, modificarse, complementarse o adecuarse a los tiempos infundiéndoles renovados impulsos, recreándolas, reafirmando las u ofreciendo nuevas perspectivas: es el caso del *Humanismo Solidario* que, aunque nos suene a conocido, tal como lo formulamos posee una firme voluntad de descubrimiento, y grandes dosis de creación, invención y novedad.

El *humanismo* como ideología y forma de pensamiento propio nace en un momento histórico en que las tinieblas medievales, con su oscurantismo y la victoria de los mitos y símbolos de raíz ocultista y supersticiosa, ceden el testigo a un modelo de pensamiento más autónomo que adopta como eje la revitalización del ser humano. En torno al siglo XVI, se evoluciona de un *teocentrismo* o *mitocentrismo* –como nos recuerda Hauser– a un *antropocentrismo* sensual y vitalista. Los humanistas desafían el orden establecido hasta un punto que ni ellos logran imaginar. Se presenta al hombre como suficiente y dotado de las precisas cualidades para situarse en el lugar de su conveniencia dentro del cosmos, sin la necesidad de un salvador intermediario ni la participación institucionalizada de una jerarquía religiosa. La identificación mental o abstracta del concepto teórico de *Humanismo Solidario* puede diluirse en todo un conjunto de ideas, referencias o conocimientos preexistentes pero nunca serán referente justo de un mismo calado filosófico, porque evidentemente la historia del pensamiento y las actuaciones humanas se modifican, variando también las primitivas significaciones, aunque sin perder su esencia.

El *humanismo* tiene su génesis en los territorios italianos de Florencia, Roma y Venecia durante el siglo XIV. Su influencia, que se extiende por gran parte de Europa, determina una nueva concepción del hombre y del mundo. Su nueva conceptualización filosófica servirá de soporte al movimiento cultural más

importante acontecido en Europa durante los siglos XV y XVI: el Renacimiento. Traspasadas las oscuras fronteras del medievo, el ser humano se instala como medida de todas las cosas (*antropocentrismo*), ocupando de nuevo el centro todas las miradas y convirtiéndose en la suprema preocupación de pensadores, religiosos, artistas y científicos.

Sin embargo, el humanismo tradicional se centra, exclusivamente, en ensalzar la dignidad del hombre y en la búsqueda de la verdad, pero al margen del prójimo. El ser humano y la razón se entienden y se explican, de forma aislada, sin que cobre importancia el conjunto, el otro.

Desde el punto de vista de la evolución histórica, el historiador Juan Marichal ha aportado una visión teórica adecuada a la terminología que engendra el sintagma *Humanismo Solidario*, cuya raíz ideológica hay que buscarla en el siglo XVI, en el contexto del descubrimiento del Nuevo Mundo. Para Marichal, el *Humanismo Solidario* es una *nueva definición del compromiso*, cuya actitud tiene una extensa y prolífica tradición en América Latina, arrancando con el padre Bartolomé de las Casas para llegar a nuestros días en el ejemplo vivo de Ignacio de Ellacuría y otros religiosos de Hispanoamérica. Un concepto del compromiso que, con Sartre, alcanza su sentido histórico y social más moderno.

Para Marichal, el concepto de compromiso tiene que ver con cuestiones éticas y morales, como se desprende de unas palabras expresadas, el año 1990, al periodista Juan Cruz (“Un humanismo solidario”, en *El País*, Madrid, 23/01/1990), al que confiesa que “los humanistas solidarios piensan en términos morales sobre lo que debe hacer el intelectual para la humanidad y establecen ideas y normas”.

Con el magno acontecimiento del descubrimiento de América, y tras el choque sociológico que supuso el hallazgo, la revelación de otros pueblos y otras culturas, se va a producir la gran crisis intelectual que cuestionaba la condición humana de esos nuevos *bárbaros*; y, en consecuencia, si merecían o no los derechos y obligaciones aceptadas para los seres humanos. Surgirá, tras un fuerte enfrentamiento dialéctico, un nuevo *Humanismo* que Marichal cataloga como de *Solidario*, por “constituir, sobre todo, una concepción de la humanidad que acentúa su profunda unidad” (“El humanismo solidario latinoamericano”, en *El País*, 21/05/1990).

Fray Bartolomé de las Casas significa el paradigma del nuevo pensamiento, al estar poseído de la “idea de la unidad profunda del género

humano, así como de la igualdad de las personas” (“El humanismo solidario latinoamericano”, en *El País*, 21/05/1990). En el inicio de este nuevo movimiento intelectual estarán el propio De las Casas; su mentor en París, el general de los dominicos Tomás Cayetano (o Tomás de Vio); y Francisco de Vitoria. Pero también otros pensadores más recientes como Alejandro Korn, José María Vasconcelos, Jacques Maritain, José Carlos Mariategui, José Luis Aranguren o Jean Paul Sartre constituyen un conjunto de intelectuales latinoamericanos y europeos, cuyo discurso filosófico y pensamiento intersecciona con esta corriente, así como el jesuita uruguayo Juan Luis Segundo, uno de los progenitores de la denominada *Teología de la Liberación*.

La evolución hacia un nuevo pensamiento encuentra una materialización bastante precisa en los versos del cantautor argentino Horacio Guarany, quien en el año 1984 interpreta, en el ya mítico estadio Luna Park, su canto:

*Mi canto, mi canto se hace grito,  
porque el canto me ha quedado  
pequeño en la garganta...*

*Ellos quieren que calle,  
quieren que calle porque mi silencio  
les ayuda a golpear al indefenso...*

*Quieren que calle,  
quieren que tan solo mi canto  
hable de amor o de paisajes,  
pero a mí me duele el dolor  
de tanta gente.*

En una entrevista que concedía el 11 de septiembre de 2012 al diario *ABC*, el escritor barcelonés Juan Goytisolo ha vuelto a poner el dedo en la llaga al manifestar que “los políticos consideran la cultura prescindible”. Prescindible, por un lado, porque nunca han creído en el poder ilustrador de la cultura y, por tanto, se le ha asignado un papel de puro ornamento y cairel; y, por otro, porque en torno a la cultura siempre ha existido el poder aglutinador del pensamiento más subversivo de la sociedad, siendo preciso aislarlo y reducirlo hasta hacerlo desaparecer.

Esa desaparición puede ir en la línea del aislamiento mediante la cancelación de presupuestos culturales; o bien a través de procesos indirectos,



por los que se narcotiza e inmoviliza al creador asignándole una función de letargo, mediante la que se abduce a creer, no solo a la ciudadanía en general sino al creador en particular, que su función es la de “hablar de amor o de paisajes”, deslizando la acción creadora por la trocha de falsos culturalismos inútiles o esteticismos infumables.

El escritor, en cuanto ser vivo, está incluso en una realidad social: la que le ha tocado en suerte vivir. Y por tanto, tal y como señalara Jean Paul Sartre, la escritura no es una estructura inocente. No es o no debería serlo. El escritor debe comprometerse, que no significa aceptar obligaciones ni ponerse al servicio de nada: el escritor no debe instrumentalizarse ni ser objeto de instrumentalización política. Y su compromiso debe conformarse en torno a dos frentes muy concretos:

- *Compromiso con la palabra*, que es la *piedra angular de su oficio*. El escritor debe poner en crisis el lenguaje normalizado para conmover los corazones y romper las inercias impuestas.
- *Compromiso con la vida*, que debe incluir necesariamente a los otros, esencia del *Humanismo Solidario*, aspirando así a la unidad profunda de la humanidad.

#### **a. Compromiso con la palabra**

Martha Nussbaum, filósofa norteamericana, distinguida con el Premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, ha escrito: “Los griegos no consideraban, ni nosotros debemos hacerlo, que ser poeta fuese un asunto neutral desde el punto de vista ético. Las decisiones estilísticas –las elecciones de ciertos metros, imágenes y vocabularios– se relacionan estrechamente con una determinada concepción del bien” (*La fragilidad del bien*, Madrid: Visor, 1995, p. 44).

Buena parte de la dominación de los diferentes poderes que imperan en la sociedad se ejerce, habitualmente, a través del lenguaje y sus diferentes formas de plantear y hacer aceptable la realidad. El monopolio de las definiciones de la realidad que ejercen los estamentos dominantes torna imposible, en la mayoría de los casos, un cambio de las estructuras y las relaciones sociales. Por ello, la creación –literaria o artística– debe poseer necesariamente un basamento subversivo, en tanto que su función artística debe contener elementos perturbadores del orden establecido para dinamizar lo sedentario y

desestabilizar los equilibrios aceptados por el poder. La creación literaria y la poética en concreto han de contener una dimensión utópica y, por tanto, deben convertirse en identificadores de horizontes que expongan el profundo anhelo de unidad total entre lo visible y lo invisible, entre lo real y lo anhelado, entre la existencia y lo sublime. Escribió José Bergamín que: “Escribir es pensar, y pensar es comprometerse”.

## **b. Compromiso con la vida**

El compromiso que impera en la esencia ideológica del *Humanismo Solidario* se distancia de la conocida poesía social (a pesar de tener conexiones con esta y otras estéticas). Los autores más relevantes de la poesía social la concebían con un sentido casi mesiánico, al existir en sus raíces una significada propuesta de “misión”: “El poeta está obligado a dar voz a los vencidos, a los mudos”, escribía Gabriel Celaya. Pero la poesía no debe suplantar a los otros ni hablar por ellos, sino procurar que se creen las condiciones para que estos tengan las opciones suficientes de mostrar su propia voz.

A pesar de lo que en un principio pudiera suponerse, el *Humanismo Solidario* no es –ni debe ser– epígono de la poesía social, en cuanto que la poesía no puede ser concebida como elemento de instrumentalización política ni la estética debe de estar al servicio de las luchas sociales. De la poesía social sobra esa heroicidad misionera, cuasi épica, que la abraza y la posee. Sin embargo, sí es plenamente rescatable –en palabras de Jorge Riechmann– su sentido de insumisión e insurrección.

La poesía actual, por encima del puro verso (esteticismo), debe convertirse en *resistencia*. El final del siglo XX y el arranque del siglo XXI nos han traído una situación social hasta ahora desconocida. Ha hecho aparición en el panorama social, y cada vez con mayor pujanza entre las jóvenes generaciones, un sentimiento personal individualista imbuido de la ausencia de “vinculaciones”. a fragmentación, el individualismo, el aislamiento personal, el carácter episódico de la vida (las nuevas tecnologías con su alta velocidad han tenido mucho que ver en todo esto) están contribuyendo a la conformación de un ser en el que prima, sobre cualquier prioridad, la exención de responsabilidades.

Nuestro proyecto se configura sobre la base de una poética de la *vinculación*, que no es otra cosa que *poesía de la resistencia* frente al actual *statu quo*; una acción performativa que exige, sobre todo, la aceptación de un *compromiso*. Todo cuanto antecede encuentra una precisa acomodación en el

poema “A mi partido”, penúltimo del *Canto General* de Neruda, una auténtica profesión de fe elaborada desde la toma de conciencia de un poeta comprometido con su tiempo y su momento histórico:

*Me has dado la fraternidad hacia el que no conozco.  
Me has agregado la fuerza de todos los que viven.  
Me has vuelto a dar la patria como en un nacimiento.  
Me has dado la libertad que no tiene el solitario.  
Me enseñaste a encender la bondad, como el fuego.  
Me diste la rectitud que necesita el árbol.  
Me enseñaste a ver la unidad y la diferencia de los hombres.  
Me mostraste cómo el dolor de un ser ha muerto en la victoria de todos.  
Me enseñaste a dormir en las camas duras de mis hermanos.  
Me hiciste construir sobre la realidad como sobre una roca.  
Me hiciste adversario del malvado y muro del frenético.  
Me has hecho ver la claridad del mundo y la posibilidad de la alegría.  
Me has hecho indestructible porque contigo no termino en mí mismo.*

### **3.- La nueva educación de la subjetividad**

Conócete a ti mismo (*épiméleia/cura sui*) y ocúpate de ti mismo. Este concepto presente en todos los sistemas filosóficos implica un enfrentamiento al mundo. Es, en definitiva, una actitud ante uno mismo, pero también una actitud *ante* o *con* los demás (*épiméleiaheautou*). No se puede mirar uno a sí mismo sin ver a los demás, como enuncia Foucault en *La hermenéutica del sujeto*. Pero, ¿por qué motivo mirar hacia los demás cuando siempre el pensamiento occidental se centró en el sujeto? ¿En quién pensaba Descartes cuando dijo: *Cogito ergo sum*? ¿En quién pensaba Hegel con su *Fenomenología del espíritu*? ¿En quién Ortega y Gasset cuando afirmó: «yo soy yo y mis circunstancias»?

La preocupación por nosotros solo tendrá sentido en el conjunto, en tanto exista una preocupación por los demás. Se debe fundir en un todo la *épiméleia/cura sui* y la *épiméleiaheautou*, como una nueva especie de fenomenología del espíritu. Si se quiere acceder a una nueva dimensión de la realidad, el sujeto (la educación del sujeto) ha de ser orientado hacia una nueva educación social. Y en este camino de ida y vuelta la proyección hacia el otro alcanza recompensa en el uno. Solo así el sujeto se sentirá verdaderamente beneficiado.

Para llevar a cabo esta nueva educación de la subjetividad, esta nueva adaptación a la educación social, se necesita que el sujeto actúe. Es

imprescindible un sujeto en acción; en nuestro caso un artista, un escritor, un compositor que tiene como objetivo esa nueva mirada: el neorromanticismo cívico que se propone como guía y destino en la obra de creación. El creador será a la vez médico y enamorado, con el doble objetivo de la *épiméleia/cura sui* y la *épiméleiaheautou*. No se entiende un médico sin paciente, sin la dolencia del otro; no se entiende un enamorado de sí mismo, solo tiene sentido el amor en el otro o con el otro.

En este proceso de transformación se distinguen dos fases. La primera sería el conócete a ti mismo, el cuidado de uno mismo. Sin entrar de lleno en la subjetividad personal, difícilmente podremos alcanzar la “llama” de los demás (*Humanismo Solidario*). Este principio del oráculo de Delfos no debe entenderse solo en el sentido exclusivista del que se siente poseído de una especial capacidad cultural o económica que lo distingue de la masa. Conocerse a sí mismo, ocuparse de uno mismo es también un acto de madurez. ¿Cómo nos vamos a ocupar de los demás si no sabemos ocuparnos de nosotros mismos? ¿Cómo podemos compartir un sentimiento, saber que siente el otro si no somos capaces de sentirlo nosotros mismos?

Pero, ¿y los otros? La relación con los otros da sentido a mi existencia. ¿Qué es mi yo sin los otros? Como afirma Foucault, “el otro es indispensable en la práctica de uno mismo para que la forma que define esta práctica alcance efectivamente su objeto, es decir, el yo”. Sin embargo, se sabe que existe una tendencia humana a convertir la subjetividad en una suerte de egocentrismo permanente: uno mismo como forma absoluta, referencial y única. Y este ha sido uno de los principios ideológicos o de los comportamientos habituales de muchas actitudes artísticas a lo largo de la historia: el innato egocentrismo del creador como revulsivo de un *statu quo* o índice de la originalidad o símbolo de una época. El narcisismo como estrategia vital. Todo tiene sentido si me afecta a mí o lo contrario. Pero está claro que solo mirando a los demás puede darse razón de ser a ese uno: el cuidado de uno mismo necesita de los demás.

Se propugna la existencia de un cambio en la educación subjetiva cuando somos capaces de aprender de la educación social en la que se crea una comunidad de iguales en valores, principios y solidaridad. ¿Qué sentido tiene la obra de un escritor, de un artista que se lee a sí mismo? Si nos ocupamos de nosotros mismos, como consecuencia acabaremos por ocuparnos de los demás: “El cuidado de uno mismo encuentra, por tanto, en el bienestar de la ciudad su recompensa y garantía”.

También es cierto que, en ocasiones, los demás son entendidos como fuentes de conflicto que evitan la propia libertad; convirtiendo la preocupación personal en finalidad obsesiva hasta el punto de incapacitar al individuo para ocuparse de los otros. Sería la absolutización del yo en una especie de autarquía reconvenida. La única forma de no caer en esta coyuntura narcisista es la cultura, como valor del yo en acción y en relación con los demás. Esta entrega nunca implica la renuncia personal como propugnan las religiones y acaso los movimientos socializadores creados a lo largo del siglo XX. Porque creemos en que la convivencia entre la ética de la subjetividad y la ética del otro son compatibles, proponemos esta nueva visión educativa de la subjetividad.

Hasta ahora todo se había reducido a una lucha (en términos kantianos) entre el yo y los otros. El triunfo de los otros implicaba una socialización y la muerte del individuo. En cambio, el positivismo y su simplificación del *hombre es un lobo para el hombre y solo sobrevivirás si triunfas individualmente* arruinaban la razón de la existencia y los objetivos de este *Humanismo Solidario*.

El siglo XX ha sido escenario de una lucha fratricida ente los seguidores de ese subjetivismo atroz y una visión social que “ninguneaba” al individuo como sujeto que piensa, siente o sufre. Pero es necesario defender la idea de la mundialización del yo; tener una mentalidad más amplia en el camino de la *World Wide Web*; dilatar la subjetividad, que diría Finkielkraut, y la cualidad inherente al hombre planetario que ha salido del limbo. Y hemos de pensar que todo es posible y, como decía Hannah Arendt en *The Burden of our Time*, “sólo podremos reconciliarnos con la variedad del género humano y con las diferencias entre los hombres (...) tomando conciencia, como de una gracia extraordinaria, del hecho de que son los hombres y no el hombre quienes habitan la Tierra”.

Pero Arendt advertía que estamos ante una época donde triunfa la “oscuridad”, con sus brechas de credibilidad y gobiernos invisibles, en los que el autoritarismo, el asistencialismo, el productivismo y el consumismo la han asfixiado. Y este mal ha emergido en relación con un sistema en el que todos los hombres se han tornado igualmente superfluos. Pero está claro que en su obra *La condición humana* indica el camino: la acción, como capacidad de introducir nuevos comienzos en el mundo; y “en la propia naturaleza del comienzo radica que se inicie algo nuevo que no puede esperarse de cualquier cosa que haya ocurrido antes”.

#### 4.- El compromiso de la acción

A lo largo de la historia de la humanidad ha existido una necesidad irrenunciable de proyectar ideas que procuren sentido o razón de ser al progreso, a la exigente evolución que el ser humano propugna como luz de la vida, salvando así el futuro de oscurantismos y naufragios.

La acomodación y el desgaste obliga a buscar nuevos caminos, con ojos luminosos, con renovadas sensibilidades; respuestas al tiempo que defrauda y horizontes al tiempo que no espera. Lo llamamos “educación de la subjetividad”, un resplandor brioso que ilumine los espacios oscuros y devuelva frutos a la tierra baldía. Vivimos una época huraña de impostura y zozobra; un tiempo enajenante en que la globalización y la despersonalización han creado formas extrañas de dependencia, situaciones anómalas que exigen algo más que reflexión.

*No es solo cuestión de palabras aunque la palabra sea nuestra más acerada propuesta.* Es preciso restituir la confianza, creer en lo que nadie cree, volver nuestra mirada a ese lugar olvidado, que llamábamos alma, donde tenían cabida la bondad, la verdad y la belleza. Ya hemos sufrido y tolerado un indecible tiempo de silencio; un vacío innombrable donde se han ido inhumando los valores éticos y estéticos, las razones sociales y culturales, las emociones literarias y artísticas, las consideraciones pedagógicas y antropológicas. Se necesita, en definitiva, *una reconquista del ser.*

No ha muerto la esperanza. De vez en cuando emerge el pensamiento, se reavivan las significaciones, surgen corrientes renovadoras que tratan de explicar el modo de ser y estar en el mundo, sin olvidarse de quiénes somos y cómo debemos vivir. No podemos abandonar ni abandonarnos. El ser humano, cada ser humano, todos los seres humanos buscamos el idéntico estímulo de la felicidad, pero nos olvidamos de que esta ambición no es posible en solitario; es más, en solitario es absolutamente imposible. Seguimos en la búsqueda, en el riesgo, con la apremiante urgencia de construir el futuro, con propuestas universales que no escatimen en generosidad, libertad y tolerancia, capaces de elevarnos de esta ruina moral en que subyacen creencias y doctrinas, por falsas, por inanes.

La subjetividad, que nos remite a la ecuanimidad y la armonía, deviene a través de tornadizas transformaciones, signadas por cambios sociales que provocan foráneos padecimientos; un proceso circular y diacrónico que crea formas de cultura donde el sujeto, como señalaba Freud, se manifiesta por

indicios y síntomas; señales que nos obligan a concebir nuevas maneras de intervención, canales válidos para dar voz a los silentes, a los que por ignorancia o menester no pueden ser escuchados.

Somos conscientes de que cada ser humano es un ser de necesidades que solo se satisfacen socialmente por medio de relaciones orientadas a fortalecer los mecanismos y los procedimientos organizativos democráticos entre la población sin distinción de edad, sexo, raza, religión o cultura, legitimándose en la acción y no solo como estructuras representativas o simbólicas. El problema surge cuando los sujetos solo son objeto de mercado y solo sirven para expandir mercados. A partir de este momento, el individuo pierde su libertad y su identidad, abriéndose un vacío sin fondo sobre el que es preciso erigir un nuevo equilibrio, una nueva educación social que dé sentido a la existencia.

*La ética debe volver a conectarse con la estética, de la que nunca debiera haberse separado. La ciencia no está reñida con el alma del hombre. Ni el individuo vive en tenso litigio con la sociedad que lo aglutina. Esta desconexión flagrante ocurre cuando nos empeñamos en separar lo indisoluble: lo individual y lo colectivo, lo científico y lo poético, el asombro de la certeza, la naturaleza del misterio. Porque el hombre es imprevisible y en esto, sobre todo, radica su grandeza.*

Se ha entendido la subjetividad como “el conjunto de percepciones, imágenes, sensaciones, actitudes, aspiraciones, memorias y sentimientos que impulsan y orientan el actuar de los individuos en la interacción permanente con la realidad” (Grajeda: 2001-Durán: 2006). Y en este proceso de construcción de la nueva subjetividad debemos conocer el papel que ocupamos y el que ocupa el otro.

El ser humano en su individualidad, en su libertad de acción, ha forjado grandes obras. También las ha elaborado en periodos de zozobra, persecución y muerte. El ser humano tiene en su esencia la vocación de *homo faber*; es *sujeto de aprendizaje* desde el mismo momento en que es concebido; y cada situación que protagoniza es siempre una situación de aprendizaje y un elemento insustituible en la construcción de la subjetividad. Y su razón de ser ha sido colectiva porque, solo en unión de otros seres humanos, los grandes proyectos de la humanidad han obtenido resultados halagüeños.

El sujeto se constituye en su devenir con los otros y condicionado también por su subjetividad. Solo la colectividad –la sociedad como conjunto– da sentido a esa vocación de hacedor, de emprendedor, de conquistador de nuevas

ideas y visiones. Muchas son las construcciones históricas que sirven de rudimentos para la creación de una idea porque ninguna nace *ex nihilo* y solo tienen sentido con relación al ser humano y su progreso como individuo en sociedad.

El sujeto tiende a conformar raíces, a debatirse en una diversidad de contradicciones, siendo capaz de escoger soberanamente los fines y los valores que orientan su existencia. Y en ese camino, la presencia de lo social subjetivo compartido con otros ha generado las comunidades; ha permitido crear relaciones, convertir el "yo" en "nosotros" y actuar colectivamente.

La subjetividad es parte inseparable de la cultura, pero también lo es de cada persona, quizás su segmento más cambiante y frágil. Cuanto más conscientes somos de esta realidad, más grietas y rupturas se producen. La tensión creciente entre la autoafirmación de la subjetividad social como principio del cambio y la tendencia de los sistemas e instituciones a definir sus propias reglas, valores y objetivos ha caracterizado a la modernidad desde sus orígenes; avanzando en procesos de acción y reacción entre ambos polos.

Como intelectuales, como creadores, como artistas debemos abanderar los principios de una nueva subjetividad, construida sobre un lenguaje que instaure y reproduzca diferentes formas subjetivas de representación social, con un conjunto claro de valores que fundamenten su acción en el mundo; una subjetividad creadora, heterodoxa, que contemple la actividad artística y literaria desde supuestos personales pero dirigidos por un poderoso impulso que nace de la ética y los comportamientos democráticos. Ética y estética intrínsecamente conectadas para que el subjetivismo del artista no degenera en un acto vacío sino, muy al contrario, genere una responsabilidad solidaria.

Apenas iniciado el 20, en el reciente umbral de un nuevo siglo y milenio, se considera un deber incontestable avivar la reflexión crítica y activar la acción proteica en la realidad que vivimos; enarbolar propuestas que nos conduzcan, desde el ámbito de la creación, a través de esperanzadores y universales territorios reconocibles por toda la sociedad: Una construcción ética y estética que nos permita hablar de *Humanismo Solidario*; y sustentar sobre estos términos amplios y agitadores, ambiguos a veces y no ajenos a la especulación, el trascendental mensaje de humanidad y solidaridad que procuramos transmitir.

Porque, como se pregunta Finkielkraut: "¿Qué ha sucedido para que la noción de humanidad universal haya caído en un olvido tan general y tan radical en el corazón mismo de la civilización donde había alcanzado su



desarrollo más espectacular?”. El no reconocimiento del otro ha provocado esta catástrofe. Por el contrario, la razón de ser de muchas corrientes artísticas, literarias e ideológicas ha sido el ser humano, bien como centro de sus desvelos, bien como fin último. Y, sobre todo, como ascensión de un principio que refrendó Robert Legros en su obra *L'idée d'humanité*: “El reconocimiento sensible del hombre por el hombre”. O el principio mantenido por Octavio Paz: “Somos, por primera vez en nuestra historia, contemporáneos de todos los hombres”. Un principio que alcanza sentido cuando lo humano se socializa y se hace uno en la pluralidad, como sugería Todorov: “Lo humano está fundado en lo interhumano”; o el propio Marx cuando definía al “ser humano” como un “ser social” que “es, en su realidad, el conjunto de las relaciones sociales”.

La evolución humana ha ido siempre de la mano de la artística y la literaria. Las artes no solo han visto en el ser humano un objeto de estudio, como ocurriera en el Renacimiento, han reconocido, sobre todo, una sensibilidad, un sentimiento, un ser que sufre y ama, que crea y sueña, que lucha por superarse, por fortalecerse, para ser capaz de construir un mundo nuevo en el que todos se reconozcan útiles, libres, dignos e iguales.

En ocasiones dominado por fuerzas exógenas (esclavismo, sistema feudal, monarquías absolutas) o endógenas (ideologías religiosas, miedos ancestrales), el ser humano ha sacado toda la fuerza que lleva dentro para ir adaptándose a los tiempos y venciendo las dificultades. Este ser humano en acción es el que nos interesa como artistas, como pensadores, como literatos o creadores. Un ser humano que venza al tiempo y sus imposturas.

Como decía Sartre, “muchos podrán extrañarse de que se hable aquí de humanismo”, pero la razón de ser de cualquier pintor, escritor o músico siempre ha sido la humanidad en su conjunto, desde esa subjetividad que implica toda acción personal, creadora y artística; desde la individualidad del ser que piensa hasta la solidaridad del ser que convive.

Aun siendo un proyecto que se concibe y se vive subjetivo, no tiene razón de ser sin la proyección humana, sin esa voluntad de responsabilidad colectiva. No podemos decir: yo soy ajeno a la sociedad: yo vivo..., yo hago..., yo... El subjetivismo del artista genera una *responsabilidad solidaria* en cuanto que su visión de los demás implica un modo de analizarlos y definirlos. Una vez arrojado el hombre al mundo, su libertad engendra una inexcusable responsabilidad. Y, además, existe un algo innato que nos lleva a elegir el bien (salvo raras excepciones); y nada puede ser bueno para unos sin serlo para todos. Si como ser humano, individual e independiente, decido permanecer al

margen y resignarme creyendo que el mundo está bien como está y nada podemos hacer para cambiarlo, esta decisión *soberana, libre y aparentemente ajena* al conjunto repercute en el resultado final, en el estado integral del colectivo.

“El hombre es el porvenir del hombre”, proclamaba Ponge. Si esto es así, la subjetividad no está completa si no la completan los valores ajenos. Se trata de una elección donde siempre está presente el *compromiso* de la acción; un compromiso que se carga con las razones del pensamiento y la ternura de la palabra, con el sentimiento y el sentido de la pintura y de la música. Y ese compromiso nos lleva, como seres humanos, a establecer *valores, derechos y prioridades* que solo tienen sentido si se insertan en los principios de la *humanidad y la solidaridad*. Un principio ético dotado de valor universal que no va muy lejos de aquel que Kant postulaba acerca de que mi libertad es también la libertad de los otros.

La solidaridad se constituye así en la urdimbre de nuestro proyecto. El término integra un componente de solidez que trasciende pueblos y generaciones. El solidario apuesta por la fortaleza propia del hombre, por el abandono de todo quietismo desesperante, por la búsqueda de la acción y el progreso en las condiciones de vida. La solidaridad es una constante ética que ofrece a la sociedad un sentido, una razón de ser. Solidarios fueron los grandes personajes históricos que trataron de cambiar las condiciones humanas en favor de la humanidad; los que ofrecieron su vida por salvaguardar los ideales en beneficio de lo humano. La solidaridad implica la creencia de que el ser humano no quiere vivir en soledad, sino formar parte de una comunidad activa (cada día más numerosa) que colectivamente actúa y piensa.

Aunque exista ese yo cartesiano que proclama *yo pienso, yo actúo*, también existe ese *otro yo* que actúa o piensa en función de un sentimiento más amplio y generoso. La solidaridad se alimenta de generosidad, afecto y sentimientos. Como decía Sartre, *si he suprimido a Dios es necesario que invente los valores*.

El *Humanismo Solidario* aún en sus términos dos principios esenciales: el de la *convicción del ser humano como fin superior en sí mismo*; y el de la *solidaridad como eje del que todo el proceso debe alimentarse*. Pero lejos de considerar esa voluntad finisecular humana como algo cerrado en sí, nuestro humanismo se asemeja al del existencialismo que apuesta por ese ser que busca y ansía fines trascendentales para la humanidad: *una búsqueda del corazón*.

El ser humano no es ajeno al mundo. No vive solo en su cápsula de cristal ensimismado. Su subjetividad nunca será una campana sin aire que lo mantiene

incontaminado, ajeno, aislado del mundo. La liberación no se encuentra buscando en el interior de uno mismo sino fuera de sí. No me libero solo, sino que me libero con los demás. *No soy libre solo, sino que soy libre con los demás.* Mientras haya un solo hombre que no sea libre, no se habrá alcanzado la libertad.

En la esencia de este principio nace y subyace el concepto de solidaridad que propugnamos. La construcción del ser humano solo será efectiva desde el momento en que principios como humanismo y solidaridad se consideren determinantes de su proceso y desarrollo. No podrá ser un ser en sí mismo ni *salvarse* de sí mismo si no es *en* los demás y *con* los demás.

*El Humanismo Solidario es la construcción de un sentimiento; pero, sobre todo, la convicción de que, en los tiempos que corren, en el umbral del tercer milenio, es la única vía posible para reconquistar al hombre.*